

LO QUE DEJAN



LAS MADRES

Sara Desirée Ruiz

Había perdido la esperanza, pero una sorpresa del pasado lo cambió todo.
Un viaje emocional que te devolverá la ilusión

 Planeta

Sara Desirée Ruiz



Lo que dejan las madres

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Sara Desirée Ruiz, 2024

Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con Hanska Literary&Film Agency, Barcelona, España

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2024

Depósito legal: B. 8.724-2024

ISBN: 978-84-08-28904-3

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España



Susana se sobresaltó al oír el timbre y, cuando se levantó para ir hacia la puerta, se golpeó el dedo del pie con la pata del escritorio. El impacto hizo que se desestabilizase, volcase la taza de café que acababa de prepararse y empujase la montaña de trabajos que estaba corrigiendo. Vio los papeles caer al suelo como si el tiempo se deslizase en cámara lenta. El café salpicó los miles de palabras sobre la generación del 98 que a su alumnado tanto le había costado reunir. Decidió recoger aquel desorden después de abrir y, con una mueca de dolor, medio coja y sintiendo aún las pequeñas punzadas eléctricas que el golpe le había provocado, cruzó a toda velocidad el oscuro pasillo del piso al que se había mudado hacía seis meses.

En su carrera hacia la entrada fue esquivando las cajas que contenían sus pertenencias y que se resistía a desempaquetar por pura pereza. Contestó al interfono casi sin aliento, con el deseo de recibir el paquete que aguardaba desde el martes. La mensajera que se lo entregó, una chica joven, morena y con una sonrisa bonita, tenía un tatuaje con un círculo en el antebrazo derecho. Susana siempre había querido hacerse un tatuaje, pero, de haberse atrevido en su adolescencia, su hermana Inés la habría matado y ahora creía que ya era demasiado mayor para eso.

Tomó el paquete en sus manos; por el tamaño supo que no podía ser la enorme lámpara de sal que estaba esperando. La había pedido con la intención de inundar de energía positiva su nuevo espacio.

Entre extrañada y un poco decepcionada, optó por prepararse un nuevo café y arreglar el estropicio ocasionado por su impulsividad antes de abrir ese otro paquete. Lo palpó sin prestarle demasiada atención y supuso que se trataba de alguna de las publicaciones que solía enviar la asociación del profesorado. Lo dejó sobre una de las cajas. De haber sabido que le iba a cambiar la vida, lo habría abierto de inmediato.

Cuando llegó a su despacho, la única habitación de la casa que respiraba aires de hogar, contempló con fastidio la envergadura de su torpeza: los cientos de folios de su alumnado estaban empapados de café. En su taza favorita, que se había astillado al volcarse, se podía leer el lema: «En ti está el cambio, en ti está la fuerza».

A Susana la invadió un intenso calor. Pensó que el verano nacía antes de tiempo o que la tan temida menopausia estaba anunciando su llegada. Tenía cuarenta y cinco años. Escogió creer que la primavera se había dejado robar algunos días.

Cuando fue a abrir las ventanas todavía despojadas de cortinas para que corriese un poco de aire, la imagen de su propio rostro en el cristal la detuvo en seco: aquella mujer que veía reflejada no podía ser ella. La idea de estar recibiendo los primeros síntomas del climaterio no le pareció tan descabellada. Sus ojos, antes vivaces y radiantes, parecían velados por una sombra melancólica. Su piel, opaca y pálida como un lienzo desgastado por el paso del tiempo, no irradiaba luminosidad. Se vio gorda y vieja. Las mallas negras agujereadas que llevaba a conjunto con una cami-

seta descolorida de El Último de la Fila contribuían a darle un aspecto lamentable. Sintió vergüenza de haber abierto a la mensajera con aquellas pintas.

¿Desde cuándo tenía ojeras? ¿Y esas patas de gallo? ¿Cuándo había perdido el brillo en los ojos?

Su cabello, que había sido sedoso y brillante, se veía pajizo y desgastado. Lo llevaba recogido en un moño desordenado con una goma que debió de pertenecer a su sobrina Laura, a juzgar por su color amarillo fluorescente. Las mechas, ya descoloridas y sin vida, cedían paso a las canas que se alzaban desde la raíz como traicioneros destellos de la edad. Cada hebra revelaba su abandono como si hubiera sido olvidada en el desván del tiempo sin la atención necesaria para resplandecer.

¿Cuánto había pasado desde la última vez que estuvo en la peluquería?

Fue un par de semanas antes de Navidad, el mismo día que firmó los papeles del divorcio. Justo antes de mudarse. El mismo día que vio por última vez a Pablo, que había sido su marido durante quince años y que la había engañado con la que había sido su mejor amiga durante más de veinte. El mismo día que quiso abandonar toda negatividad y darle la espalda al lado oscuro de la fuerza. Ese mismo día decidió que necesitaba un cambio y se prometió cuidarse por encima de todo. Aquel día había comprado su taza favorita, después de soportar varias horas de espera para ver en directo a su gurú, Conato Ponti, quien le recordaría que ella tenía el poder para mejorar su vida.

Intentó recuperar la compostura tras aquella visión de sí misma en el cristal que había desafiado su autoestima y dejado una marca indeleble en su memoria. Perturbada por su propia imagen, decidió cambiarse de ropa y peinar-se un poco. Como solía decir su hermana: «Aunque estés

en casa, estate presentable, nena; nunca sabes quién puede aparecer».

No podía creer que aquella frase que siempre le había dado rabia estuviese guiando sus acciones. Había experimentado lo que se siente cuando notas que has olvidado hacer algo importante y ya no tienes tiempo. Aquel reflejo era la señal de que no había cumplido su promesa del último día que se hizo las mechas. Tenía que empeñarse más.

Se dijo que cuando llegase su lámpara soñada todo empezaría a cambiar, porque ese objeto tenía la capacidad de modificar la carga eléctrica del aire. Atraparía los iones positivos y le devolvería el sueño, la alegría y las ganas de vivir.

Apretó el colgante de azabache que llevaba en el cuello desde hacía meses, lo besó y se juró que recibiría mejor vestida a la persona que la trajese. Nunca volvería a presentarse ante nadie de esa guisa. Y entonces se acordó del paquete inesperado. Fue a buscarlo y, cuando estaba a punto de abrirlo, volvió a sonar el timbre. No le había dado tiempo de arreglarse.

Esta vez el mensajero era un chico alto y con acento argentino. Ahí estaba su lámpara de sal del Himalaya; su profesora de yoga se lo había contado todo sobre ellas, le había dicho que podían incluso aliviar sus alergias. Cuando se quedó sola de nuevo, Susana recorrió el pasillo hasta el salón y, después de pelearse con el embalaje, consiguió sacarla de la caja y tenerla entre sus manos. La acarició con curiosidad, pasando los dedos por la superficie rugosa de aquella gema milenaria de tonalidades anaranjadas y doradas que descansaba sobre una base de madera.

Como si de un ritual se tratase, buscó un espacio vacío y amplio donde colocarla. No le resultó fácil decidirlo, a

pesar de que el único mueble que había en el salón era un sofá. Finalmente se decantó por situarla en uno de los rincones. Localizó la toma de corriente más cercana, la enchufó, ubicó su pequeño interruptor, cerró los ojos, tomó aire y encendió la lámpara. Allí estaba su particular tesoro ancestral que parecía albergar los secretos de las profundidades de la Tierra.

Para ella fue como pedir un deseo antes de soplar las velas del pastel en su cumpleaños. Como cuando respiraba hondo en la montaña rusa antes de caer desde el punto más alto. Como el momento en que había conocido a esa persona que amaría todavía sin saberlo. Todo fue perfecto durante unos segundos que le parecieron mágicos.

Hasta que sonó el timbre de nuevo.

—Pues no es para tanto, qué quieres que te diga. Ni es decorativa ni es nada —dijo Inés.

—No le hagas caso, Tana. Mola mucho —respondió Laura.

Su sobrina llamaba así a su madrina de forma cariñosa desde que aprendió a hablar, cuando decía «Tana» en lugar de tía Susana.

—Es mucho más que un simple objeto decorativo. Es un faro de paz, llena la casa de armonía —dijo Susana—. Me recuerda que la belleza se encuentra en la imperfección y en la conexión con la tierra. Me transmite serenidad. Además, está hecha de sal del Himalaya y tiene muchos beneficios para la salud...

—Que no están demostrados científicamente. Que soy médica, si lo sabré yo —la interrumpió Inés—. Menudas pamplinas te crees, Susi. Yo no sé dónde has leído eso, pero vamos... Además, ¿cómo puedes estar segura de que es sal del Himalaya? ¿Te han mandado el vídeo de los mineros picando en las salinas para hacerte la lamparita? Eso son bulos, nena.

—Habló la madre de la ciencia y del control —dijo Laura, desafiante.

Inés le lanzó a su hija una mirada de profunda desa-

probación y después arrugó la nariz intentando identificar el olor que la irritaba.

—¿A qué huele? ¿Es café? Apesta —sentenció.

—Antes he tenido un pequeño percance mientras corregía unos trabajos —se justificó Susana.

—Uf, Tana. Trabajos..., qué palo —dijo Laura—. Si quieres te ayudo a recoger. Yo por suerte ya he acabado la EVAU y estoy *free*.

—Y por eso vas a irte este verano a *US* —le respondió su madre—. Bueno, si sacas la nota que debes, claro. Y por eso, también, te puedes quedar hoy a dormir en casa de tu tía, en este barrio de mala muerte al que no sé qué le ves, la verdad. Más feo y sucio no puede ser.

—Que sí, *pesadaaaa*.

—Y, Susi —señaló Inés a su hermana, ignorando el comentario que su hija acababa de hacer—, arréglate un poco que pareces una indigente de las que me he encontrado viniendo para acá. ¡Que vaya tela! Ah, y cuidado con lo que le cuentas a la niña, que no quiero que me venga luego con la cabeza llena de memeces esotéricas.

—Porque, claro, como la niña es tonta en plan *sin criterio propio*... Literal —dijo Laura con cara de asco y sacudiendo su larga melena castaña clara.

—A ver si te pones las pilas ya, nena —la apremió Inés—. Que llevas no sé cuantos meses aquí y todavía no tienes ni muebles.

—Sí, es que he ido muy liada en el tercer trimestre —dijo Susana bajando la mirada.

—Y en el segundo, Susi, y en el segundo. Que me dijiste lo mismo en febrero. Bueno, yo me voy antes de que oscurezca, que de noche este barrio da miedo y además tengo pilates. No quiero llegar tarde. Pasadlo bien y para cualquier cosa me mandas un wasap.

Inés miró de reojo y con suficiencia la lámpara de sal y, antes de salir, se despidió de su hija con un beso.

Laura, de diecisiete años, en realidad compartía la opinión de su madre sobre aquel objeto, pero hubiese preferido tragarse una cucaracha antes que darle la razón. Siempre que su madrina mostraba su lado místico, ella se mordía la lengua y cambiaba de asunto. En los últimos años la había escuchado hablar más a menudo de aquellas cosas, sobre todo desde que se había divorciado, pero era la única persona a la que ella le contaba casi todo, la única que jamás la juzgaba. Por eso nunca le decía nada cuando sacaba temas espirituales o metafísicos. Por eso y porque era algo que su madre no soportaba. Y Laura sentía un impulso irrefrenable de llevarle la contraria, especialmente cada vez que le hablaba así a su madrina.

Susana se afanó por recoger los trabajos del suelo y limpiar los restos de café en el despacho.

—Pasa de ella, Tana. Está amargada —dijo la adolescente acercándose a su tía.

—Tiene razón. Está todo hecho un desastre.

—Va, ¿qué te parece si nos ponemos este finde a vaciar algunas cajas y ordenamos un poco como hicimos la semana pasada? Fue guay.

Laura cogió una de las cajas y la llevó al salón. La abrió y empezó a sacar las cosas que había en su interior. Cuando acabó de limpiar el despacho, Susana se unió a ella e hizo lo mismo.

—Así que te vas a *iues* en verano, ¿eh? —dijo imitando teatralmente el acento de su hermana, lo que hizo reír a Laura a carcajadas—. Al final te ha convencido.

—Buena es... Yo prefería quedarme aquí o en el camping, de *chill*, pero se ha puesto superplasta —informó Laura.

—Seguro que en *iuves* también te lo pasas bien.

—Bueno, me da un poco de palo.

—¿Por?

—Yo quiero quedarme aquí con mis amigos. Siempre tengo que hacer lo que ella quiere.

—Seguro que al final aprendes cosas, podrás practicar tu inglés y conocer gente nueva. Tus amigos seguirán aquí cuando vuelvas, ¿no?

—Obvio.

—He comprado un par de juegos de mesa, ¿quieres que los estrenemos luego? —Susana cambió de tema.

—*Yes*. ¿Y tú qué vas a hacer en vacaciones?

—Voy a hacer el retiro espiritual que te comenté en Menorca. No se lo digas a tu madre, pero estoy pensando en pedir una excedencia en el instituto. Ya no puedo más... ¡Estoy agotada! Quiero encontrar mi verdadero propósito en la vida. Hacer algo que realmente marque la diferencia y valga la pena. Quiero ser feliz. Necesito un cambio.

Tras escuchar aquellas palabras de Susana, Laura se mordió la lengua y se adentró en el pasillo en busca de otra caja que deshacer. Cuando volvió, traía consigo el paquete que su madrina había recibido aquella tarde y que aún permanecía cerrado.

—¡Anda! Se me había olvidado abrirlo con tanto lío —dijo Susana al verlo.

—¿Qué es?

—No sé.

—¿Y sabes quién lo envía?

—Ni idea. Ha llegado esta tarde, pero yo solo estaba esperando la lámpara de sal; no he comprado nada más. Imagino que será algo de ASPES, la asociación de profes.

Susana lo agitó para comprobar si sonaba algo dentro

y lo abrió. Sacó un objeto envuelto en una tela de seda roja que reconoció de inmediato y le erizó la piel. Cuando retiró la tela se quedó sin respiración. Después de dar un gran suspiro, rompió a llorar.

Laura se asustó. Sin saber muy bien qué hacer, buscó en su mochila unos pañuelos de papel, de esos que su madre le insistía que debía llevar por si las moscas, y se los entregó a su madrina. Entre sollozos, Susana repetía «No puede ser, no puede ser», una y otra vez. Laura se quedó petrificada. Nunca había visto a su tía así.

Lo que Susana sostenía era un cuaderno de cuero de color violeta, bastante abultado, que tenía una mariposa en relieve en la cubierta. Estaba desgastado y una goma negra lo rodeaba para evitar que el contenido se desparramase. Cuando retiró la goma con sumo cuidado, tiques, notas escritas a mano, fotos, hojas y flores secas, entre otros objetos, se derramaron como cascadas. El cuaderno guardaba los anhelos, las lágrimas y las sonrisas que acompañaron cada trazo de tinta que contenía. Eran fragmentos de tiempo congelados en papel.

Susana seguía sin hablar y Laura permanecía a su lado en silencio, temerosa y expectante. Observó cómo su madrina introducía con esmero en el interior del cuaderno todo lo que había salido de él de forma desordenada y cómo lo abría cuidadosamente por la primera página. Allí, pegado con cinta adhesiva, halló un pequeño sobre blanco con una nota. Abrió el sobre y pudo leer cuatro palabras junto a las cuales se veía dibujado un pequeño corazón:

BÚSCAME. ERES MI ESPERANZA.

La voz le tembló al leer el nombre que firmaba la nota:
Jun.

Laura contuvo la respiración.

—¿Jun no es la chica de tu clase que desapareció hace unos años?

Susana no respondió. Junto al sobre encontró la página de un cuento infantil. En ella había dibujada una lámpara mágica. Era una página del cuento *Aladdín*. Estaba bastante estropeada, sucia y algunas palabras no se leían bien, pero Susana estaba segura de que aquella era la lámpara en la que vivía el genio del cuento.

—Pero esto es..., esto es..., es imposible —balbuceó Susana.

—¿Qué pasa, Tana? ¿Qué es? ¿Quién te lo envía? —insistió Laura.

Ni siquiera se había dado cuenta de que en el paquete no había remitente ni código de barras, nada. Tampoco su nombre ni su nueva dirección. Susana miró a Laura con asombro.

—No pone quién lo envía; es muy raro —hizo notar Laura.

—Esto es imposible, Lau. Jun desapareció hace más de seis años. Mucho antes de la pandemia. Yo ni siquiera vivía aquí todavía.

—Entonces, ¿no crees que te lo haya enviado ella?

—Sabes que yo siempre creí que no había sido una desaparición voluntaria, pero esto... ¿Quién puede querer hacerme esto? Tiene que haber sido ella —afirmó Susana.

—Yo me ocupo de averiguarlo. El lunes mismo voy a Correos a ver qué me pueden decir del envío —se ofreció Laura.

—Jun y yo teníamos una relación muy especial, Lau.

Un latigazo de nostalgia sacudió la consciencia de Susana despertando recuerdos de un tiempo en el que la vida todavía le parecía emocionante.

—¿Por eso te enfadaste tanto cuando dijeron que se había ido voluntariamente?

—Me enfadé tanto porque dejaron de buscarla. Me pareció injusto.

—Yo era pequeña, no recuerdo bien lo que pasó.

Laura contemplaba con impotencia cómo su tía se desmoronaba lentamente ante sus ojos. Se mordía el labio mientras buscaba las palabras adecuadas para ayudarla a salir de aquella melancolía que la había poseído. Pero Susana estaba absorta en sus pensamientos como si hubiese viajado por un túnel del tiempo y se encontrase a años luz de allí.

—Las autoridades se aferraron a un dato —dijo con la mirada perdida—. Nos explicaron que eso solía pasar, que el diecisiete por ciento de jóvenes que se escapan de los centros de protección de menores no vuelven porque no quieren. Jun vivía en un centro, sí, y no era fácil para ella estar allí, pero de ahí a escaparse y no volver nunca... De ahí a irse sin despedirse..., sin despedirse de mí...

—Pues la nota lo dice muy claro, Tana: «Búscame».

Susana no entendía nada. Pensó que Laura tenía razón. La nota era una invitación clara, casi una orden. Pero aquel era el cuaderno que ella misma le había regalado a Jun más de diez años atrás. ¿Cómo era posible que volviese a tenerlo entre sus manos?